

Los naipes entraron entonces en la vida de los jóvenes esposos. Todos los días, después de almorzar y mientras fumaba su pipa y paladeaba su coñac, del que bebía seis ú ocho copas, Julián jugaba con su mujer algunas partidas de *bezigue*. Luego, la joven subía á su cuarto, sentábase cerca de la ventana, y mientras la lluvia golpeaba los cristales ó el viento los sacudía, bordaba con empeño. Cansada á veces, alzaba la vista y miraba el mar, que á lo lejos cabrilleaba. Al cabo de algunos minutos de su muda contemplación, reanudaba su labor.

Nada más tenía que hacer, por otra parte. Julián había tomado la plena dirección de su casa para satisfacer del todo sus necesidades de autoridad y sus ansias de economía. Mostrába-

se poseído por una parsimonia feroz; jamás daba una propina; reducía el alimento á lo estrictamente necesario, y al saber que Juana, desde su venida á los *Pueblos*, mandaba que la hiciese el panadero una galletita normanda, suprimió este gasto y la condenó al pan de picos.

Ella no decía nada, por evitar cuestiones, riñas y disgustos; pero cada nueva manifestación de avaricia que notaba en su marido la hería como un alfilerazo. Todo esto la parecía bajo y repugnante, á ella, que se había educado en una familia en que el dinero no se contaba para nada. Muchas veces había oído decir á mamaíta:

—El dinero se ha hecho para gastarle.

Ahora Julián la repetía:

—¿No has de poder acostumbrarte á no tirar el dinero por la ventana?

Y cada vez que había rebajado en unos cuantos céntimos una cuenta ó un jornal, decía, sonriéndose, mientras se guardaba la moneda en el bolsillo:

—Los arroyitos son los que hacen los ríos.

Algunos días, sin embargo, tornaba Juana á sus sueños. Dejaba dulcemente de trabajar, y con las manos quietas, la vista apagada, rehacía

una de sus novelas de muchacha, entrando de lleno en aventuras encantadoras. Pero bien pronto la voz de Julián, que daba una orden al tío Simón, la arrancaba al adormecimiento de su sueño, y volvía á su obra de paciencia, diciéndose:

—Todo esto acabó.

Y una lágrima caía sobre sus dedos, que empujaban la aguja.

También Rosalía, antes tan alegre y siempre cantando, estaba cambiada. Sus redondas mejillas habían perdido su rojo matiz, y casi huecas ahora, parecía como que las restregaban con tierra.

Muchas veces la preguntaba Juana:

—¿Estás enferma, hija mía?

La pobre mujer contestaba invariablemente:

—No, señora.

Poníase algo colorada, y desaparecía al punto. En vez de correr, como antes, arrastraba trabajosamente sus pies, y no parecía ya ni coqueta, no compraba nada á los buhoneros, que en vano la enseñaban sus cintas de seda, sus corsés y sus perfumes variados.

Y la vasta casa parecía sonar á hueco, som-

bría, con su fachada surcada por la lluvia con anchas manchas grises.

A fines de Enero llegaron las nieves. Véanse de lejos las grandes nubes que venían del Norte por cima del oscuro mar, y empezó la blanca caída de los copos. En una noche quedó cubierto todo el llano, y á la mañana los árboles aparecieron envueltos en esta espuma de hielo.

Calzado con altas botas, que le daban hirsuta apariencia, Julián pasaba los días en el fondo del bosquecillo, emboscado tras el foso que daba á la landa, acechando á los pájaros emigrantes. De cuando en cuando un disparo rompía el helado silencio de los campos, y bandadas de negros cuervos, espantados, salían revoloteando de los árboles.

Sucumbiendo al fastidio, Juana bajaba á veces sobre la escalinata. Rumores de vida venían de muy lejos, repercutidos sobre la dormida tranquilidad de aquella sábana lívida y sombría. Después no oía más que una especie de ronquido de las lejanas olas, y el vago y continuo deslizarse de aquel polvo de agua helada que seguía cayendo sin cesar.

Y la capa de nieve se elevaba constantemente bajo la caída infinita de aquel musgo espeso y ligero.

En una de estas pálidas mañanas, Juana, inmóvil, calentábase los pies en el fuego de su habitación, mientras Rosalía, cada día más cambiada, hacía lentamente la cama. De pronto la joven oyó un suspiro á su espalda. Sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Como siempre, la doncella contestó:

—Nada, señora.

Pero su voz parecía rota, expirante.

Pensaba ya Juana en otra cosa, cuando advirtió que no oía á la joven, y la llamó:

—¡Rosalía!

Nadie se movió. Entonces, creyendo que habría salido sin hacer ruido, gritó con más fuerza:

—¡Rosalía! Y ya iba á alargar el brazo para coger la campanilla, cuando un profundo gemido, exhalado cerca de ella, hizo que se levantase con un estremecimiento de angustia:

La pobre sirvienta, lívida, con los ojos extraviados, estaba sentada en el suelo, con las

piernas estiradas, la espalda apoyada contra la madera de la cama.

Lanzóse Juana hacia ella:

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

La infeliz no dijo nada, no hizo un gesto; fijaba en su ama una mirada loca, y se retorció como sacudida por espantoso dolor. Luego, de pronto, extendiendo todo su cuerpo, resbaló sobre su espalda, ahogando entre sus dientes apretados, un grito de angustia.

Bajo sus ropas, pegadas á sus muslos entreabiertos, algo se movió. Y salió de allí un ruido extraño, un chapoteamiento, un soplo de garganta estrangulada; luego fué un maullido, una queja débil y ya dolorosa; el primer grito de dolor del niño que entra en la vida.

Bruscamente comprendió Juana, y, perdida la cabeza, corrió á la escalera, gritando:

—¡Julián! ¡Julián!

Contestóla él desde abajo:

—¿Qué quieres?

Y ella añadió trabajosamente:

—Es... es Rosalía, que...

Lanzóse Julián, subió de dos en dos los escalones, y entrando bruscamente en el cuarto, le-

vantó de una vez las ropas de la pobre muchacha, y descubrió un espantoso pedacillo de carne, plegado, que gemía crispado y húmedo, y se agitaba entre dos piernas desnudas.

Enderezóse con la cara airada, y echando del cuarto á su mujer, que no sabía lo que la pasaba:

—Vete—la dijo.—Esto no te importa. Enviame á Ludivina y al tío Simón.

Trémula Juana, bajó á la cocina, y luego, sin atreverse á subir, entró en el salón, donde no se encendía fuego desde la partida de sus padres, y esperó ansiosamente noticias. A poco vió al criado que salía corriendo, y que cinco minutos después volvió con la viuda Dentú, la partera del pueblo.

Hubo entonces gran movimiento en la escalera, como si llevasen á un herido, y Julián vino á decir á Juana que ya podía volver á su cuarto.

La joven temblaba como si acabase de asistir á algún siniestro accidente. Sentóse otra vez delante de su chimenea, y preguntó:

—¿Cómo está?

Nervioso, preocupado, Julián recorría la habitación de arriba abajo, palpitante de cólera

al parecer. Al pronto no respondió; pero pasados unos cuantos minutos, se detuvo, y dijo:

—¿Qué piensas hacer de esa muchacha?

Ella no le comprendió, y mirándole fijamente contestó:

—¡Eh! ¿Qué quieres decir? ¡Yo qué sé!

Julián continuó, como si la indignación le dominase:

—No es cosa de que tengamos en casa un hijo natural.

Ella entonces quedóse muy perpleja, y luego, al cabo de un largo silencio:

—Pues... podíamos darle á criar.

Su marido no la dejó concluir.

—¿Y quién pagaría á la nodriza? ¿Tú, naturalmente?

Ella reflexionó durante mucho tiempo, buscando una solución, y al fin dijo:

—Pues el padre de ese niño se encargará de ello, y, si se casa con Rosalía, no hay dificultad.

Julián, furioso y como si se le hubiera agotado la paciencia, exclamó:

—¡El padre!... ¡El padre!... ¿Le conoces acaso? No... ¿verdad? ¿Pues entonces?...

Juana, conmovida, iba animándole:

—Pero es que no abandonará á esa pobre muchacha. ¡Sería un cobarde! Preguntaremos quién es, iremos á buscarle, y será preciso que se explique.

Julián se había calmado, y otra vez se paseaba.

—Hijita, esa chica no quiere decirnos quién es su amante; no te lo dirá á ti, como tampoco á mí me lo ha dicho. Además, ¿y si él no quiere?... Entretanto no podemos tener bajo nuestro techo á una chica soltera con su hijo: ¿entiendes?

Juana repetía tenazmente:

—Entonces, ese hombre es un miserable; pero le conoceremos, y tendrá que entenderse-las con nosotros.

Julián, que se había puesto encarnado, se incomodaba más:

—Pero... entretanto...

Ella no sabía qué partido tomar, y le preguntó:

—¿A ti qué te parece?

Inmediatamente la dió él su opinión:

—¡Oh! Lo que es yo, lo veo muy sencillo. Le daría unas cuantas monedas, y la echaría á los demonios con su engendro.

Pero la joven, indignada, se sublevó contra tal idea:

—¡Oh! lo que es eso...no. Esa chica es mi hermana de leche; hemos crecido juntas. Ha cometido una falta; tanto peor; pero no por eso la echaré de mi casa, y, si no hay otro remedio, daré educación á su hijo.

Al oirla se exasperó Julián:

—¡Y eso nos formará buena reputación, con el nombre y las relaciones que tenemos! En todas partes dirán que protegemos el vicio, que amparamos mujeres perdidas, y las personas honradas no querrán poner el pie en nuestra casa. ¡Estás loca cuando piensas en eso!

La joven no había perdido su serenidad.

—Nunca permitiré que salga de casa Rosalía; si tú no quieres tenerla, mi madre la tomará, y acabaremos por conocer el nombre del padre de su hijo.

Él entonces salió furioso, dando un portazo y gritando:

—¡Cuando se les mete una idea en la cabeza, las mujeres son estúpidas!

A la tarde subió Juana á ver á la parida. La pobre, bajo los cuidados de la viuda Dentú,

permanecía inmóvil en su cama, con los ojos abiertos, mientras la enfermera tenía en brazos al recién nacido.

Apenas vió á su ama, Rosalía rompió en sollozos, ocultando la cara entre las ropas, agitándose con desesperación. Juana quiso abrazarla, pero ella se resistía; retiraba el rostro. La enfermera intervino entonces; la destapó, y llorando todavía, pero ya dulcemente, la infeliz se dejó besar.

Ardía algo de fuego en la chimenea; hacía frío; el niño lloraba. Juana no se atrevía á hablar del pequeñuelo, temerosa de provocar una nueva crisis, y había cogido la mano de la muchacha, repitiendo maquinalmente:

—Esto no será nada, no será nada.

La pobre chica miraba á hurtadillas á la enfermera; temblaba al oír los gritos del niño, ahogada por un resto de pena que á veces estallaba en un sollozo convulsivo, mientras las lágrimas, á duras penas contenidas, sonaban á modo de agua en su garganta.

Una vez más la abrazó Juana, y en voz baja la dijo al oído:

—Ya lo arreglaremos todo, hija mía.

Luego, al ver que empezaba un nuevo acceso de llanto, huyó corriendo.

Todos los días volvió, y todos los días Rosalía estallaba en sollozos al ver aparecer á su señora.

Al niño le pusieron en ama en una casa próxima.

Mientras esto sucedía, Julián apenas hablaba á su mujer, como si desde el día en que ésta se negó á despedir á la criada, la guardase rencor. Un día volvió sobre este asunto; pero Juana sacó de su bolsillo una carta, en que la baronesa decía que si no la conservaban en los *Pueblos*, la enviasen inmediatamente á Rosalía.

Julián gritó furioso:

—¡Tan loca como tú es tu madre!

Pero no insistió.

Quince días después la parida podía levantarse y volver á su servicio.

Juana la llamó un día, hizo que se sentase á su lado, la cogió las manos entre las suyas, y mirándola fijamente:

—Vamos, hija, la dijo; cuéntamelo todo.

Rosalía se echó á temblar, y balbuceó:

—¿El qué, señora?

—¿De quién es ese niño?

La muchacha fué presa de una espantosa desesperación, y hacía esfuerzos por cubrirse todo el rostro con las manos.

Pero Juana le abrazaba á la fuerza, la consolaba.

—Es una desgracia, hija: ¡qué quieres! Has sido débil; eso les pasa á muchas. Si el padre del niño se casa contigo, nadie pensará en ello, y nosotros podremos tomarle á nuestro servicio.

Como si estuvieran atormentándola se quejaba Rosalía, y de cuando en cuando daba una sacudida como si quisiera desprenderse y huir.

Juana continuó:

—Comprendo que te dé vergüenza; pero ya ves que no me incomoda, que te hablo con dulzura. Si te pregunto quién es ese hombre, es por tu bien, porque al verte así comprendo que te abandona, y quiero evitarlo. Julián irá á buscarle, ya verás, y le obligaremos á que se case contigo; y como os tendremos aquí á los dos, tendrá que hacerte feliz.

Ahora Rosalía hizo un esfuerzo tan brusco, que arrancó sus manos de las de su ama, y huyó como una loca.

Aquella noche, mientras comían, dijo Juana á su marido:

—He querido decidir á Rosalía á que me revelase el nombre de ese infame, y no he podido conseguirlo. Inténtalo tú, á ver si obligamos á ese miserable á que se case con ella.

Julián se enfadó al oírla.

—Mira, ya te he dicho que no quiero oír hablar de estas historias. Has querido conservar á esa chica á tu servicio, bueno; pero no me aburras más con ese asunto.

Desde el día del parto parecía que su carácter se había hecho más irritable aún, y había tomado la costumbre de no hablar á su mujer sino á gritos, como si siempre estuviera furioso, mientras ella, por el contrario, bajaba la voz, mostrábase dulce, conciliadora, para evitar todo disgusto, y muchas noches lloraba en su lecho.

A pesar de su constante irritabilidad, su marido había vuelto á sus costumbres conyugales, olvidadas desde su regreso, y era raro que pasase tres noches seguidas sin entrar en el cuarto de su mujer.

Pronto se curó del todo Rosalía, y alegróse un tanto, por más que siempre se presentaba

amedrentada, como si la persiguiera un temor desconocido. Y dos veces más echó á correr cuando Juana quería preguntarla nuevamente.

Julián también cambió algo; Juana pareció asimismo recobrar su satisfacción perdida; y aunque á veces se sentía presa de extrañas molestias, de las cuales no hablaba á nadie, alimentaba vagas esperanzas, volvía á sus alegrías perdidas. El deshielo no había venido aún, y ya hacía cinco semanas que un cielo claro como un cristal azul durante el día, y sembrado por la noche de estrellas, que parecían de escarcha, extendíase sobre la sábana unida, dura y luciente de las nieves.

Las granjas, aisladas en sus espacios cuadrados, detrás de sus cortinas de grandes árboles, cubiertos de nieve, parecían dormir, envueltas en blancas túnicas. Ni los hombres ni los animales salían al exterior; sólo las chimeneas de las chozas, en los delgados hilos de humo que subían rectos por el espacio glacial, revelaban la vida oculta en su interior.

La llanura, la playa, todo parecía muerto, muerto por el frío. De cuando en cuando oíase que chascaban los árboles, como si bajo

su corteza se rompieran sus miembros de madera, y á veces desprendíase y caía una gran rama, petrificada su savia y rotas sus fibras por la invencible helada.

Juana esperaba ansiosa la vuelta de los aires tibios, atribuyendo al terrible rigor del tiempo todos los vagos sufrimientos que la martirizaban.

Unas veces no podía comer nada, llena de asco á la vista de cualquier alimento; otras su pulso latía como loco; otras también, lo poco que comía la daba torturas de indigestión; y sus nervios, distendidos, vibrando incesantemente, la hacían vivir en una agitación constante y que no podía tolerar.

Una noche el termómetro bajó más, y Julián, estremeciéndose al levantarse de la mesa (porque nunca estaba calentada á punto la habitación, por lo que él economizaba la leña), se restregó las manos, murmurando:

—Esta noche será bueno dormir en compañía, ¿no te parece, monina?

Refase con su risa de otro tiempo, y Juana se precipitó á su cuello; pero sentíase tan molesta aquella noche, tan dolorida, tan extrañamente



nerviosa, que, besándole en los labios, le rogó en voz baja que le dejase dormir sola, diciéndole en pocas palabras lo que sentía.

—Te lo ruego, querido; te aseguro que no estoy bien. Mañana estaré mejor, sin duda.

Él no insistió.

—Como quieras, hijita; si estás mala, tienes que cuidarte.

Y hablaron de otra cosa.

La joven se acostó temprano. Julián, por extraordinario, mandó que le encendiesen fuego en su cuarto. Cuando vinieron á decirle que ya ardía bien, besó á su mujer en la frente y se marchó.

La casa entera parecía dominada por el frío; las paredes, húmedas, dejaban oír ligeros ruidos, como si se estremeciesen; y Juana, en su lecho, tiritaba.

Dos veces se levantó para echar leña á la chimenea y buscar vestidos, ropas, faldas y amontonarlas sobre su cama. Nada bastaba á darle calor; sus pies se entumecían, y en sus muslos y en sus huesos sentía vibraciones que no la dejaban estar quieta, agitándola y enervándola con exceso.

Pronto sus dientes castañetearon, temblaron sus manos, oprimióse su pecho; su corazón latía con golpes sordos, y á veces parecía detenerse; y su garganta jadeaba, como si el aire no pudiera entrar en ella.

Una angustia espantosa sobrecogió su alma al mismo tiempo que el frío invencible la invadía hasta la medula de los huesos. Nunca había sentido nada semejante; nunca se había sentido abandonada hasta tal punto por la vida, pronta á exhalar su último aliento.

—¡Voy á morir!... ¡Me muerol... pensó.

Y presa de terror, saltó del lecho, llamó á Rosalía, esperó; llamó otra vez, esperó de nuevo, helada y trémula.

La muchacha no acudía; dormía sin duda con ese sueño pesado que resiste á todo ruido, y Juana, perdiendo la cabeza, se lanzó, con los pies desnudos, á la escalera.

Subió en silencio, á tientas; dió con la puerta, la abrió, gritó: «¡Rosalía!» Siguió adelante, tropezó con la cama, paseó sus manos sobre ella, y reconoció que estaba vacía. Estaba vacía y fría, como si nadie se hubiera acostado allí.

Muda de sorpresa, se dijo:

—¿Qué es esto? ¡Ha salido por ahí con este tiempo!...

Pero como su corazón, que de pronto había acelerado sus latidos, saltaba, la ahogaba, bajó con las piernas temblando, con objeto de despertar á Julián.

Entró violentamente en el cuarto de éste, trastornada por la idea de que iba á morir y por el deseo de verle antes de perder el conocimiento.

Al resplandor del fuego, que agonizaba, vió al lado de la cabeza de su marido la cabeza de Rosalía sobre la almohada.

Uno y otra se despertaron al oír el grito que dió. Durante un segundo permaneció inmóvil, en el extravío que tal descubrimiento la causaba. Luego echó á correr, volvió á su cuarto, y como Julián, trastornado, había dicho: «¡Juana!» se sintió sobrecogida por el miedo, un miedo horrible á verle, á oír su voz, á escuchar sus explicaciones, á encontrarse frente á frente con él, y se precipitó de nuevo por la escalera, y la bajó.

Ahora corría en la oscuridad, á riesgo de rodar los peldaños, de romperse los huesos con-

tra la piedra. Caminaba hacia adelante, impedida por una imperiosa necesidad de huir, de no saber nada, de no ver á nadie.

Una vez abajo, se sentó en un escalón, en camisa y descalza; y allí se estuvo, atónita, sin pensar.

Julián había saltado del lecho y se vestía á toda prisa. Juana le oía moverse, andar. Se puso de pie para huir de él, que ya bajaba la escalera gritando:

—¡Oye, Juana!

No; Juana no quería oír, ni dejarse tocar con la punta de los dedos, y se lanzó en el comedor, como si huyera de un asesino, buscando una salida, un escondite, un rincón oscuro, un medio cualquiera de esquivarle. Acabó por meterse bajo la mesa. Pero Julián abría ya la puerta, con la luz en la mano, y repitiendo: «¡Juana!»

Y ella echó á correr como una liebre; lanzóse á la cocina, y dió dos vueltas por ella como una fiera acorralada; y al ver que su marido seguía adelantándose hacia ella, abrió bruscamente la puerta del jardín y se lanzó al campo.

El contacto helado de la nieve, en que sus piernas, desnudas, se hundían hasta las rodi-

llas, la dió de pronto desesperada energía. Aunque iba desnuda, no sentía frío; no sentía nada; de tal modo había entumecido su cuerpo la convulsión de su alma; y corría, corría, blanca como la tierra.

Siguió la gran avenida, atravesó el bosquecillo, franqueó la zanja, y partió á campotravesía.

No había luna; las estrellas lucían como un rastro de fuego en la negrura del cielo; pero la llanura, sin embargo, estaba clara; tenía una blancura mate, una inamovilidad fija, un silencio infinito.

Juana andaba de prisa, sin alentar, sin saber, sin pensar en nada. De pronto se encontró á orillas del derrumbadero. Instintivamente se detuvo, y se acurrucó, desprovista de todo pensamiento y toda voluntad.

Ante ella, y en aquel sombrío agujero, el mar, invisible y mudo, exhalaba el olor salado de sus algas de baja mar.

Allí se estuvo mucho tiempo, inerte de espíritu como de cuerpo; luego, de pronto, se echó á temblar; pero á temblar locamente, como una vela agitada por el viento. Sus brazos, sus ma-

nos, sus pies, sacudidos por una fuerza invisible, palpaban, vibraban precipitadamente, y de una vez volvió al conocimiento, claro, punzante.

Luego pasaron ante sus ojos antiguas visiones: el paseo con su marido en el bote del tío Lastique; lo que hablaron, su amor naciente, el bautismo de la barca; después subió más, hasta aquella noche mecida de sueños en que llegó á los *Pueblos*. ¡Y ahora! ¡ahora! ¡Oh! ¡La vida estaba rota, acabada toda alegría, imposible toda esperanza; y surgió ante ella el porvenir espantoso, lleno de torturas, de traiciones y de desesperación! Más valía morir; así se acababa todo.

Pero una voz gritaba desde lejos:

—¡Aquí... aquí hay huellas... pronto, pronto, por aquí!

Era Julián, que la buscaba.

¡Oh! No quería volver á verle. En el abismo, allí, delante de ella, oía ahora un pequeño rumor; el vago deslizarse del agua sobre las rocas.

Sintió una sacudida, y se levantó para lanzarse ya; y dando á la vida el adiós de los desesperados, pronunció en un gemido la última palabra de los moribundos, la última palabra de